

#### IV

##### EL FERVOR DE OTRO TIEMPO

No hay nada más extraordinario que las primeras agitaciones de un motín. Todo estalla en todas partes á un tiempo. ¿Estaba esto prevenido? Sí. ¿Estaba preparado? No. ¿De dónde sale todo esto? Del empedrado. ¿De dónde cae todo esto? De las nubes. La insurrección tiene aquí el carácter de un complot, allí el de una improvisación.

El primero que llega se apodera de la corriente de la multitud y la lleva donde quiere. Principio lleno de espanto con que se mezcla una alegría formidable. Empieza por los clamores, se cierran las tiendas, desaparecen los escaparates de los almacenes; después se oyen algunos tiros aislados, huye la gente, se oyen los culatazos en las puertas cocheras; las criadas ríen en los patios de las casas y dicen:—*¡Va á haber jarana!*

No había pasado un cuarto de hora cuando, en veinte puntos de París, pasaba lo que vamos á referir.

En la calle de Santa Cruz de la Bretonnerie, una veintena de jóvenes, de barba y cabellos largos, entraban en una taberna y salían un momento después, llevando una bandera tricolor horizontal, cubierta

de un crespón; á la cabeza iban tres hombres armados, uno con un sable, otro con fusil y el tercero con una pica.

En la calle de Nonaindières, un hombre bien vestido, barrigudo, con voz sonora, calvo, frente elevada, barba negra y uno de esos bigotes rebeldes que no pueden bajarse, ofrecía públicamente cartuchos á los transeuntes.

En la calle de San Pedro de Montmartre, algunos hombres con los brazos desnudos paseaban una bandera negra, en que se leía con letras blancas: *República ó muerte.*

En la calle de Jeûneurs, en la del Cuadrante, en la de Montorgueil, en la de Mandar, se presentaban grupos agitando banderas, en que se leía, en letras de oro, la palabra *sección* con un número. Una de estas banderas era roja y azul, con una imperceptible faja blanca.

En el boulevard de San Martín se saqueaba una fábrica de armas y otras tres tiendas de armeros, la primera en la calle de Beaubourg, la segunda en la calle Michel-le-Comte y la otra en la calle del Temple. En algunos minutos, las mil manos de la multitud se apoderaban de doscientas treinta escopetas, casi todas de dos cañones, de sesenta y cuatro sables y ochenta y tres pistolas. Para armarse más pronto, uno cogía el fusil y otro la bayoneta.

Enfrente del muelle de la Grève, algunos jóvenes armados de mosquetes se instalaban en casa de las mujeres para tirar. Uno tenía un mosquete de rueda. Llamaban, entraban y se ponían á hacer cartuchos. Una de estas mujeres ha dicho:—*No sabía lo que eran cartuchos; mi marido me lo ha dicho.*

Un grupo entraba en una tienda de curiosidades de la calle de Vieilles-Haudriettes, y allí se armaban de yataganes y armas turcas.

El cadáver de un albañil, muerto de un tiro, yacía en la calle de la Perla.

Además, en la orilla izquierda, en la derecha, en los muelles, en los boulevares, en el barrio Latino, en el cuartel de los Mercados, hombres jadeantes, obreros, estudiantes, seccionarios, leían proclamas y gritaban:—¡A las armas! Rompían los faroles, desenganchaban los coches, desempedrabán las calles, echaban abajo las puertas de las casas, desarraigaban los árboles, registraban las cuevas, rodaban los toneles, amontonaban las piedras, los adoquines, los muebles, las tablas; hacían barricadas.

Obligaban á los ciudadanos á ayudarles: entraban en casa de las mujeres y les hacían entregar el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribían con tiza en las puertas: *Están entregadas las armas*. Algunos firmaban con «sus nombres» recibos de fusil y de sable, y decían: *Enviad por ellos mañana á la Alcaldía*. Desarmaban en la calle á los centinelas aislados; los guardias nacionales se dirigían á su punto de reunión. Se arrancaban las charreteras á los oficiales.

En la calle del Cementerio de San Nicolás, un oficial de la guardia nacional, perseguido por un grupo armado de palos y estoques, se refugió con gran dificultad en una casa, de donde no pudo salir hasta la noche y disfrazado.

En el barrio de Santiago, los estudiantes salían á grupos de sus casas, y subían por la calle de San Jacinto al café del Progreso, ó bajaban al café de los Siete Billares, calle de los Maturinos. Allí, delante de las puertas, algunos jóvenes, subidos en guardacantones, distribuían armas.

Se saqueó la carpintería de la calle Trasnonain para hacer barricadas. En un solo punto hacían ya resistencia los paisanos, en la esquina de las calles

de Saint-Avoye y Simon-le-Franc, donde destruían ellos mismos la barricada. En un solo punto se replegaban los insurgentes. Abandonaban una barricada, principiada en la calle del Temple, después de haber hecho fuego contra un destacamento de la guardia nacional, y huían por la calle de la Corderie. El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas de pistola. Los guardias nacionales desgarraron la bandera y llevaron los pedazos en las puntas de las bayonetas.

Todo lo que referimos aquí lenta y sucesivamente se verificaba á un tiempo en todos los puntos de la ciudad, en medio de un inmenso tumulto, como una multitud de relámpagos en un solo trueno.

En menos de una hora salieron de tierra veintisiete barricadas solamente en el barrio del Mercado. En el centro estaba aquella famosa casa número 50, que fué la fortaleza donde se resistió Juana y sus ciento seis compañeros y que flanqueada por un lado por la barricada de San Merry y por el otro por una barricada en la calle Maubuée, dominaba tres calles, la de Arcis, la de San Martín y la de Aubry-le-Boucher, á que daba frente.

Dos barricadas en ángulo recto se dirigían, la una por la calle Montorgueil, por la Grande Truanderie y la otra por la calle Geoffroy-Langevin, por la calle de Saint-Avoye.

Sin contar innumerables barricadas en otros veinte barrios de París, en las Huertas, en las montañas de Santa Genoveva, una en la calle de Ménilmontant, donde se veía una puerta cochera arrancada de cuajo; otra cerca del puentecillo del Hôtel-Dieu, construída con una diligencia desenganchada y tumbada á trescientos pasos de la prefectura de policía.

En la barricada de la calle de Ménétriers, un

hombre bien vestido distribuía dinero á los trabajadores. En la de la calle Greneta se presentó un jinete y entregó, al que parecía jefe de la barricada, un papel que parecía un cartucho de dinero.—*Toma,*—le dijo,—*para pagar los gastos, el vino, etc.* Un joven rubio, sin corbata, iba de una barricada á otra comunicando órdenes. Otro, con sable en mano y una gorra azul de polizonte, ponía centinelas.

En lo interior, más allá de las barricadas, las tabernas y las porterías estaban convertidas en cuerpos de guardia. Por lo demás, el motín estaba dirigido según la más ingeniosa táctica militar. Las calles estrechas, desiguales, torcidas, llenas de ángulos y recodos, habían sido elegidas con acierto; y los alrededores de los Mercados en particular, laberinto de calles más embrollado que un bosque. La sociedad de Amigos del Pueblo se decía que había tomado la dirección de la insurrección en el barrio de Saint-Avoye. A un hombre que había muerto en la calle de Ponceau y que había sido registrado, se le había encontrado un plano de París.

La dirección del motín, en realidad, pertenecía á una especie de impetuosidad desconocida que reinaba en la atmósfera. La insurrección había construido las barricadas con una mano y con la otra se había apoderado de todos los cuerpos de guardia. En menos de tres horas, como un reguero de pólvora que se inflama, los insurgentes habían invadido y ocupado en la orilla derecha del Sena, el Arsenal, la Alcaldía de la Plaza Real, todas las Huertas, la fábrica de armas de Popincourt, la Galiote, el Château-d'Eau, todas las calles próximas al Mercado; en la orilla izquierda, el cuartel de Veteranos, Santa Pelagia, la plaza Maubert, el polvorín de los Dos Molinos y todas las barreras.

A las cinco de la tarde se habían apoderado de la

Bastilla, de la Lingerie, de Blancs-Manteaux; sus banderas llegaban á la plaza de las Victorias, y amenazaba el Banco, el cuartel de los Padres Mínimos y la casa de Postas. La tercera parte de París estaba ocupada por los amotinados.

La lucha se había empeñado gigantescamente en todos los puntos, y había resultado de los desarmamientos, de las visitas domiciliarias, de las tiendas de armeros saqueadas, que la lucha que había empezado á pedradas, continuaba á tiros.

Hacia las seis de la tarde, el pasaje de Saumon se convirtió en campo de batalla. Los amotinados ocupaban un extremo y la tropa el otro; se fusilaban desde una verja á otra. Un observador, el autor de este libro, que había ido á ver el volcán de cerca, se encontró entre dos fuegos dentro del pasaje, sin tener para guarecerse de las balas más que el hueco de las medias columnas que separan las tiendas, y estuvo en esta peligrosa situación más de media hora.

Mientras tanto, el tambor tocaba llamada, los guardias nacionales se vestían y armaban apresuradamente, las legiones salían de las alcaldías y los regimientos de los cuarteles. Enfrente del pasaje del Ancora un tambor recibía una puñalada. En la calle del Cisne, otro era asaltado por un grupo de jóvenes que le rompían la caja y le quitaban el sable. Otro yacía muerto en la calle del Granero de San Lázaro. En la de Michel-le-Comte caían muertos tres oficiales uno después de otro. Muchos guardias municipales, heridos en la calle de los Lombardos, retrocedían.

Delante de la Cour-Batave, un destacamento de guardias nacionales encontraba una bandera roja con esta inscripción: *Revolución republicana, número 127.* ¿Era aquella una revolución en efecto?

El motín había hecho del centro de París una especie de ciudadela inextricable, tortuosa, colosal.

Allí estaba el foco; allí estaba evidentemente la cuestión. Lo demás eran sólo escaramuzas, y la prueba de que todo había de decidirse allí, era que aún no había empezado la lucha.

En algunos regimientos los soldados estaban dudosos, lo cual aumentaba la obscuridad terrible de la crisis. Recordaban la ovación popular que había recibido en julio de 1830 la neutralidad del regimiento 53 de línea. Dos hombres intrépidos, probados en las grandes guerras, el mariscal Lobau y el general Bugeaud, mandaban las tropas. Bugeaud á las órdenes de Lobau.

Gruesas patrullas, compuestas de batallones de línea, rodeados completamente por compañías enteras de guardias nacionales y precedidas de un comisario de policía con banda, iban reconociendo las calles sublevadas.

Los insurgentes, por su parte, ponían vigías en las esquinas de las encrucijadas, y enviaban audazmente patrullas fuera de las barricadas. Observábanse por ambos lados. El gobierno, con un ejército en la mano, dudaba; iba á llegar la noche y se empezaba á oír el toque de rebato en Saint-Merry. El ministro de la Guerra, que era el mariscal Sault, el que había estado en Austerlitz, miraba el motín con aire sombrío.

Aquellos viejos marinos, acostumbrados á las maniobras correctas, sin más recurso ni más guía que la táctica, que es la brújula de las batallas, estaban desorientados en presencia de esa inmensa espuma que se llama cólera pública. El viento de las revoluciones no es manejable.

Los guardias nacionales de las cercanías acudían apresuradamente y en desorden. Un batallón del 12.º regimiento ligero venía á paso de carga de San Dionisio; el 14.º de línea llegaba de Courbevoie; las

baterías de la Escuela militar habían tomado posición en el Carrousel; la artillería bajaba de Vincennes.

En las Tullerías reinaba la soledad. Luis Felipe estaba muy sereno.